

Sangrando por mil heridas, y luchando con la muerte, el súbdito expirante pensaba todavía en su señor, y rogaba por él y por los que abrigaban rectas intenciones con relación á él. ⁽¹⁾

Creían los súbditos que semejante realeza—y no era entonces ésta una palabra vana—era concedida por gracia de Dios. Tanto como los reyes y los príncipes cifraban su honor en considerarse como vasallos de Dios, ⁽²⁾ aparecía su dignidad á los ojos de los pueblos creyentes en todo el esplendor de una autoridad y de una consagración divinas. La obediencia que observaban con relación á ellos no era una obediencia material, una idolatría, sino un verdadero culto á Dios. Preciso es haberse formado bajo la influencia de tales concepciones, para comprender todo el calor y toda la fuerza de aquel respeto religioso por la dignidad real.

Sin duda que, después de aquella época, han considerado preferible los Estados quebrantar, si no toda adhesión al Cristianismo y á la Iglesia, por lo menos bienes sagrados que tan estrechamente habían unido á sus intereses el corazón de sus súbditos. ¡Que el Dios misericordioso no se lo tome en cuenta! ¡Quiera Dios ahorrarles el ensayo, si, en semejantes casos, están todavía dispuestos los pueblos á hacer sacrificios, como los hicieron los bávaros por Maximiliano Emmanuel, y los tirolese por su buen emperador Francisco!

Ó mejor todavía: ¡Plegue á Dios tocar el corazón de los príncipes y de sus consejeros, de modo tal que rechacen toda sospecha mal fundada, que abran sus ojos á la luz y su corazón á la verdad, é indicarles dónde deben encontrar sus verdaderos amigos y sus más sinceros apoyos! ¡Feliz el príncipe, feliz el país, en que todos puedan depositar sin temor sobre las gradas del trono una exhortación semejante á la de aquel poeta de la Edad Media!

«La corona que Dios llevó por nuestros pecados era de espinas; su trono fué la cruz, sobre la cual le clavó el

(1) Kuonrât, *Ibid.*, 6501, 6912 y sig.

(2) Bernard., *Ep.* 92.

furor del pueblo no bautizado. Señor Emperador, inclinaos ante Aquél que tan alto os ha elevado. Puesto que lleváis la corona de los cristianos por quienes corrió su sangre, no olvidéis, si gozáis de felicidad, que Dios por vos hace milagros. Llevad siempre vuestra corona de tal suerte, que sea siempre un consejero para vuestra alma». ⁽¹⁾

(1) Bruder Werner, 1, 10, (Hagén, *Minnesinger*, II, 229). *Werner era un laico.* (3, 1, 11, II, 231).